

## Capítulo 8

### El recurso historiográfico en Bally (1913), Saussure (1916), Vossler (1930) y Bloomfield (1933)

Emiliano Battista  
[ironlingua@hotmail.com](mailto:ironlingua@hotmail.com)  
CONICET, UBA  
Buenos Aires, Argentina

En: Roberto Bein y Elizabeth M. Rigatuso, eds. (2017)  
*Asuntos de sociolingüística y análisis del discurso*  
Bahía Blanca, Ediuns y SAEL, págs. 105 a 116.  
ISBN 978-987-655-166-3  
Disponible en: <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/>

#### Resumen

La discusión acerca de la naturaleza de la lingüística y del problema de la delimitación de su objeto ha tenido lugar en diversas formas desde que existe la reflexión sobre el lenguaje. A comienzos del siglo XX, cuando Vossler publicó *Positivismo e idealismo en la lingüística* (1904), el debate adquirió un formato particular y la distinción entre estas dos perspectivas metodológicas pasó a ocupar el centro de la escena (Koerner, 1989). Existe también cierto acuerdo crítico (Benveniste, 1969; Thibault, 1997; Engler, 2004) en considerar que el desarrollo del pensamiento lingüístico moderno ha continuado la perspectiva establecida por Saussure en el *Curso de lingüística general* (1916): «lejos de preceder el objeto al punto de vista [...] es el punto de vista el que crea el objeto» (49). La consecuencia epistemológica de la aceptación de esta observación fue el hecho de que la diversidad de perspectivas teóricas para abordar el estudio del lenguaje no resultó un fenómeno contingente sino constitutivo de la disciplina; ello conllevó que la lingüística experimentara una inagotable operación fundacional.

En el presente trabajo, desde el marco de la historiografía lingüística (Auroux, 1980; Swiggers, 1980; Koerner, 1999), tomamos cuatro artículos —de una serie más extensa— cuyos autores desplegaron aquello que denominamos *recurso historiográfico* (Battista, 2013): un procedimiento argumentativo en el que la revisión del pasado de la disciplina se encuentra al servicio de la justificación teórica. Específicamente, nos proponemos analizar el modo en que Bally (1913), Saussure (1916), Vossler (1930) y Bloomfield (1933) concibieron la lingüística del siglo XIX en el marco del derrotero que ellos mismos han trazado, e interpretar luego cómo sus respectivas miradas (historiográficas), funcionales a sus propuestas, han contribuido también a la permanente actualización y caracterización del referido debate epistemológico entre positivismo e idealismo.

#### Introducción

Existe cierto acuerdo crítico (Auroux, 1980; Swiggers, 1980; Koerner, 1999) en considerar que la reflexión acerca de la historia de las ideas lingüísticas alcanzó estatuto científico recién a principios de la década de 1970. Los trabajos fundacionales del marco teórico entonces

denominado *historiografía lingüística* aparecieron motivados por el gran rechazo que conllevó la publicación de *Lingüística cartesiana* (1966), obra en la que Noam Chomsky, con un modo de historización absolutamente presentista y anacrónico, interpretó las propuestas y teorías de los supuestos predecesores de la gramática generativa.

No obstante, el interés por la historia de las ideas lingüísticas trasciende al momento de institucionalización referido. Koerner (1999) señaló que la indagación acerca del pasado de la disciplina reconoce una larga tradición, que va desde Berthold Delbrück (1880) hasta Maurice Leroy (1963). En esta secuencia de trabajos que explícitamente aspiraron a construir un relato histórico de la disciplina podrían incorporarse: Vilhelm Thomsen (1902), Holger Pedersen (1924), Georges Mounin (1967) y Robert Robins (1967), entre otros.

Además de estos textos cuyo fin fue presentar abiertamente la historia de la lingüística, hubo otros que, sin proponérselo como un objetivo central, ofrecieron breves pasajes destinados a situar históricamente una perspectiva teórica. Según Mounin (1967: 9), entre ellos contamos ciertos capítulos de Antoine Meillet (1903), Ferdinand de Saussure (1916), Otto Jespersen (1922) y Leonard Bloomfield (1933). A esta lista podemos sumar algunos pasajes de contribuciones de Charles Bally (1913), Valentin Voloshinov (1929) y Karl Vossler (1930).

En paralelo con la reflexión de orden histórico, la discusión acerca de la naturaleza de la lingüística y del problema de la delimitación de su objeto ha tenido lugar en diversas formas desde que existe la reflexión sobre el lenguaje. A comienzos del siglo XX, cuando Vossler publicó *Positivismo e idealismo en la lingüística* (1904), el debate adquirió un formato particular y la distinción entre estas dos perspectivas metodológicas pasó a ocupar el centro de la escena (Koerner, 1989).

Existe también cierto acuerdo crítico (Benveniste, 1966; Thibault, 1997; Engler, 2004) en considerar que el desarrollo del pensamiento lingüístico moderno ha continuado la concepción metodológica establecida por Saussure: «lejos de preceder el objeto al punto de vista [...] es el punto de vista el que crea el objeto» (1916: 49). La consecuencia epistemológica de la aceptación de esta observación fue el hecho de que la diversidad de perspectivas teóricas para abordar el estudio del lenguaje no resultó un fenómeno contingente sino constitutivo de la disciplina. Ello conllevó la emergencia de un debate respecto del lugar desde el que debían perfilarse los estudios sobre el lenguaje en relación con las demás ciencias y campos de conocimiento. El resultado de esta tensión de base ubicó a la lingüística en un marco de permanente revisión epistemológica, en el que cada aporte encerraba una inagotable operación fundacional. Cualquier maniobra argumental pasó a ser un elemento central sustancialmente capitalizado por las diferentes contribuciones. La revisión del pasado de la disciplina devino, pues, una operación argumentativa al servicio de la postulación de un enfoque particular.

### **La revisión del pasado al servicio de la teoría**

De la lista de textos anteriormente referidos, por cuestiones operativas y de claridad ilustrativa en virtud del tema especificado, seleccionamos cuatro: Bally (1913), Saussure (1916), Vossler (1930) y Bloomfield (1933). Advertimos que estos autores buscaron inscribir su propia perspectiva en una serie que la justificaba históricamente; desplegaron aquello que denominamos *recurso historiográfico* (Battista, 2013): un procedimiento argumentativo a partir del que, sin proponérselo como un objetivo central, se traza un recorrido histórico de la disciplina con el objeto de presentar las teorías lingüísticas rechazadas como hundidas en el pasado; así, el gesto estratégico se completa cuando se busca que los aportes emerjan en clave de modernización científica a la luz del decurso epistemológico de la lingüística.

Según Portolés (1986), Charles Bally tuvo una perspectiva « eminentemente práctica»: consideraba que la gramática era «la lógica aplicada al estudio del lenguaje» y buscaba delimitar en la estilística una «disciplina distinta» preocupada por la observación puramente científica de los caracteres afectivos del lenguaje (161). En 1913, publicó *El lenguaje y la vida* (1913); «Diversas concepciones del estudio del lenguaje» fue el primer apartado de la primera parte de ese material. En él, Bally ofreció una breve representación de la historia de la disciplina con la que intentó dar legitimidad a su visión del lenguaje como fenómeno vivo. Procuraba que dicha

perspectiva luciera como una verdad que se imponía producto del desarrollo histórico de las ideas lingüísticas:

Para situar el tema, habría que pasar revista a los diferentes objetos sobre los cuales se ha fijado sucesivamente el estudio del lenguaje antes de constituirse en ciencia la lingüística y a las transformaciones que ha sufrido luego esta ciencia hasta el momento presente (17).

Según el derrotero trazado por Bally, con anterioridad a que adquiriera el estatuto de ciencia a principios del siglo XIX, «la lingüística era un arte», y aunque tomara la forma de «gramática», «retórica» o «arte de escribir», la productividad de la reflexión sobre el lenguaje radicaba en sus aportes a la «formación lógica del pensamiento», «la corrección», «la pureza del estilo» y «la comprensión de los autores clásicos» (17). A juicio de esta representación, se trataba de preocupaciones «extrañas al estudio desinteresado e inútiles para descubrir la razón de ser, la verdadera naturaleza del lenguaje» (17).

Para mostrar cuán superadas estaban esas visiones del lenguaje a la luz de perspectivas modernas, Bally las historizaba, pues mientras las dejaba en evidencia como perdidas en el pasado de la disciplina, exhibía también los «errores» de esa «falsa concepción»: entre ellos, «el fetichismo de la lengua escrita y el purismo» (18). De inmediato, el autor se encargaba de salvar el problema poniendo de manifiesto la imposibilidad de perduración de tales enfoques: «Sin embargo, ningún esfuerzo consigue detener el movimiento irresistible del impulso vital y social que determina la evolución del lenguaje» (18). Este era, para Bally, el modo en que el destino había empezado a torcer las cosas en favor de nuevos descubrimientos.

A continuación, el autor encontraba un punto de inflexión en el decurso histórico: principios del siglo XIX, momento en el que comenzaban a corregirse ciertos desvíos. El quiebre lo producía el hallazgo del sánscrito, dado que, según expresaba, ese «acontecimiento imprevisto revoluciona nuestras ideas y nos deshace un error veinte veces secular» (18). El nacimiento de la gramática comparada coincidía, para Bally, con el surgimiento de «una idea fecunda» y la puesta en foco sobre nuevas preocupaciones que, aunque no del todo, parecían mucho más cercanas a dar con la auténtica naturaleza del lenguaje:

¿De modo que las lenguas cambian? No solamente se impone esta verdad, sino que en seguida se descubren leyes que regulan esta evolución, y se advierte que esta evolución, lejos de depender de la voluntad razonada de sabios y literatos, es inconsciente y colectiva y que las más veces parte de abajo y asciende del vulgo bullicioso (18).

De inmediato, el procedimiento argumentativo practicaba nuevamente el mismo giro que había operado antes. En tanto la visión comparatista aun no daba con la verdadera esencia del fenómeno lingüístico se recurría a la representación histórica: la maniobra consistía en mostrar que la inadecuación de un enfoque determinado iba de la mano de su pertenencia al pasado de la disciplina. Según Bally, a mediados del siglo XIX los estudios sobre el lenguaje habían vuelto a equivocar el camino: «Por un momento, el transformismo darwiniano, que viene a confirmar estas teorías, amenaza lanzar a la lingüística sobre una pista falsa. Si las lenguas evolucionan, su evolución será semejante a la de los organismos vivos» (18). El autor refería a los trabajos de August Schleicher y a su explícita adhesión a la perspectiva naturalista correspondiente al paradigma científico de la época. A criterio de Bally, la «analogía» de considerar las lenguas como organismos resultaba «solo verdadera como metáfora», mas el problema acarreado era que «crea[ba] una ficción peligrosa y tenaz» (19). Sin embargo, en tanto en el modo de historización propuesto por el autor el descubrimiento paulatino de la verdadera naturaleza del lenguaje aparecía como un hecho irrefrenable, la intervención de los neogramáticos, a quienes no refería directamente, contribuía a un nuevo hallazgo: «[...] poco a poco se impone la convicción de que la lengua no existe más que en los cerebros de los que la hablan, y que son las leyes del espíritu humano y de la sociedad las que explican los hechos lingüísticos» (19).

Bally entendía que el aporte de estos filólogos no alcanzaba a deshacerse del «peligro»: el método histórico y el descubrimiento de la evolución lingüística fundaron «el estudio entero de las lenguas sobre su historia»; según este yerro, después de centurias de que los estudiosos del lenguaje hubieran sido «inmovilistas», toda la lingüística del siglo XIX había caído «en el exceso contrario» (19). El autor explicaba que recién un siglo después del descubrimiento del sánscrito se había comenzado a «comprender que la evolución no explica todo el lenguaje», y que, «para descubrir su mecanismo, hace falta saber prescindir del tiempo» (19). El derrotero trazado por Bally conducía entonces hacia la «lingüística estática», una perspectiva que contaba con el apoyo de «dos ciencias cuyo progreso ilumina[ba] cada vez mejor su ruta»: la psicología y la sociología (19).

El enfoque que pretendía difundir Bally coincidía con este punto del camino; su propuesta teórica, en definitiva, reclamaba naturalmente un lugar para sí, pero no ya en la historia, sino entre «los modernos»; se incluía en ellos y los definía como quienes habían alcanzado un nivel más elevado de claridad en su concepción de lenguaje:

[...] vemos ahora un poco mejor, si no en qué consiste una lengua, por lo menos en qué no consiste: el lenguaje natural, ese que todos hablamos, no está al servicio ni de la razón pura ni del arte; no apunta a un ideal lógico ni a un ideal literario. El lenguaje está simplemente al servicio de la vida, y no de la vida de unos pocos, sino de la de todos y en todas sus manifestaciones (19-20).

Por lo tanto, el procedimiento argumentativo de Bally buscaba representar la historia de las ideas sobre el lenguaje para dejar al descubierto la antigüedad de las perspectivas rechazadas y ofrecer la propia en clave de modernización científica respecto de ese pasado. Evaluaba positivamente la perspectiva sincrónica al igual que los aportes de otras ciencias y, con mirada idealista, concebía la lengua como un verdadero proceso: «una tela de Penélope que se teje y desteje sin cesar», y en la que inteligencia y sensibilidad trabajaban simultáneamente (24-25). Su estilística proponía pensar el estudio del lenguaje a partir de la tensión entre fuerzas de orden individual —en tanto creación— y fuerzas de orden social —en tanto institución—.

La publicación póstuma del *Curso de lingüística general* (1916) de Ferdinand de Saussure fue posteriormente establecida como fecha simbólica de inicio de aquello que hoy se denomina *lingüística moderna*. El primer capítulo de la «Introducción» aportó una «Ojeada a la historia de la lingüística». Si bien la perspectiva saussureana se diferenció de la perspectiva predecesora por el hecho de haber sentado las bases de un estudio sincrónico de la lengua como objeto sistematizable, en el derrotero que trazaba podía verse la impronta de su formación neogramática y, como un desprendimiento de ella, de su concepción positivista acerca del devenir de la disciplina. Así, Saussure expresaba: «La ciencia que se ha constituido en torno de los hechos de lengua ha pasado por tres fases sucesivas antes de reconocer cuál es su verdadero y único objeto» (29).

En primer lugar, el ginebrino reconocía un período gramatical, «inaugurado por los griegos», en el que los estudios lingüísticos se habían erigido en virtud de una función «normativa»; dicho momento se había encontrado, según explicaba, «fundado en la lógica» y había estado «desprovisto de toda visión científica y desinteresada de la lengua» (29).

En segunda instancia, señalaba la presencia de un período filológico, que ya podía ser descrito como un «movimiento científico» creado por Friedrich Wolf en 1777 y caracterizado por el objetivo de «comparar textos de diferentes épocas» y de «determinar la lengua particular de cada autor» (29). Si bien constaba de investigaciones que, tal como indicaba Saussure, habían preparado el terreno para que posteriormente se asentara la lingüística histórica, de la misma manera señalaba que «la crítica filológica falla[ba] en un punto»: «se atiende demasiado servilmente a la lengua escrita y olvida la lengua viviente» (29). La operación argumental comenzaba a exhibirse al servicio de una justificación teórica según la cual los desaciertos de las visiones pasadas no hacían más que mostrarlas como pertenecientes a un momento ya superado de la disciplina.

En tercer lugar, Saussure reconocía un período comparativista. Destacaba, pues, las intervenciones de dos filólogos: Jones, a quien refería como el primero en haber señalado las

afinidades entre ciertas lenguas occidentales y el sánscrito; y Boop, a quien adjudicaba el haber comprendido que «las relaciones entre lenguas parientes podían convertirse en la materia de una ciencia autónoma» (30). En el momento surgieron, según el autor, otros «lingüistas de calidad», e incorporaba en la lista a Schleicher, filólogo que aparecía, en la representación saussureana, como quien había ofrecido «una especie de sistematización de la ciencia fundada por Bopp» y cuya obra era la que «mejor evoca[ba] la fisonomía de la escuela comparatista» (30).

Una vez reconocido el avance de la reflexión lingüística durante el período referido, consistente en haber tenido el «mérito indisputable» de abrir un campo «nuevo y fecundo», Saussure reparaba en las inadecuaciones epistemológicas que no le habían permitido a dicha escuela constituir «la verdadera ciencia lingüística»; puntualmente, explicaba, la filología comparatista «nunca se preocupó por determinar la naturaleza de su objeto de estudio», una «operación elemental» para que una ciencia se procurara un método (31). Así, Saussure advertía dos problemas en las formulaciones de la lingüística del siglo XIX. Uno de ellos, vinculado al naturalismo:

El primer error, y el que contiene en germen todos los otros, es que en sus investigaciones —limitadas por lo demás a las lenguas indoeuropeas— nunca se preguntó la gramática comparada a qué conducían las comparaciones que establecía, qué es lo que significaban las relaciones que iba descubriendo. Fue exclusivamente comparativa en vez de ser histórica. [...] Y las conclusiones se les escapaban a los comparatistas, tanto más cuanto que consideraban el desarrollo de dos lenguas como un naturalista lo haría con el cruzamiento de dos vegetales (31).

El segundo problema, vinculado a la falta de delimitación de un objeto preciso, estaba dado por la amplitud de fenómenos que se pretendía englobar cuando se intentaba dar cuenta del lenguaje:

Este método exclusivamente comparativo implica todo un conjunto de concepciones erróneas que en nada corresponden a la realidad y que son extrañas a las verdaderas condiciones de todo lenguaje. Se consideraba la lengua como una esfera particular, un cuarto reino de la naturaleza [...] desde el punto de vista metodológico, el conocer esos errores no deja de tener su interés (32).

Por último, ya justificado epistemológicamente el recorrido por el pasado de la disciplina, Saussure se detenía en las investigaciones lingüísticas correspondientes al momento inmediatamente precedente a su producción teórica: el neogramático. Específicamente, indicaba que recién hacia 1870 se había llegado a plantear «cuáles [eran] las condiciones de la vida de las lenguas», dado que fue a partir de allí que se produjeron ciertos avances, tales como advertir que «la comparación no [era] más que un medio, un método para reconstruir los hechos» (32). Según la representación del ginebrino, la «lingüística propiamente dicha» fue la que le «dio a la comparación el lugar que le corresponde exactamente» y «nació del estudio de las lenguas romances y de las lenguas germánicas» (32). El «mérito» que Saussure atribuyó a la escuela neogramática fue el de «colocar en perspectiva histórica todos los resultados de la comparación, y encadenar así los hechos en su orden natural» (32). El gran aporte de este enfoque fue haber dejado de ver en la lengua un organismo que se desarrollaba por sí mismo, y pasar a entenderla, por el contrario, como «un producto del espíritu colectivo de los grupos lingüísticos». En este período, indicaba, «se comprendió cuán erróneas e insuficientes eran las ideas de la filología y de la gramática comparada» (32); en términos del recurso historiográfico que intentamos caracterizar, observamos que era justamente su representación del pasado la que permitía argumentar en contra de ellas. Por último, en tanto la maniobra discursiva apuntalaba la introducción del *Curso*, la premisa era dimensionar el valor de los servicios prestados por los neogramáticos mientras se dejaba en claro que «los problemas fundamentales de la lingüística general aguarda[ba]n solución» (33). Ese era el punto en el que procuraba avanzar su obra.

En definitiva, el procedimiento argumentativo saussureano consistía en construir la disciplina en función de una lectura positivista de la historia, en donde la postulación de un nuevo objeto encontraba bases sólidas sobre un método de alto rigor científico en el que había méritos por reconocer. Así, podemos ver que Saussure consideraba que los problemas de la lingüística del siglo XIX no estaban tanto en el orden metodológico, sino que se hallaban más bien en la instancia de delimitación de un objeto preciso y legítimo.

Karl Vossler, con la publicación del ya mencionado *Positivismo e idealismo en la lingüística* (1904), instaló en el ámbito específico de la disciplina el debate entre estas dos perspectivas teóricas. Su obra constituyó, según López Sánchez (2006), «un verdadero rechazo de los criterios positivistas neogramáticos y del creciente y amenazante monopolio de las ciencias naturales» (262). El idealismo lingüístico se presentaba como un enfoque que el mismo Vossler adjudicaba a su «amigo» Benedetto Croce, quien había definido los estudios del lenguaje como «parte de la estética», y esta última como «ciencia de la expresión espiritual» (1904: 9).

En *Metodología filológica* (1930) encontramos un apartado intitulado «Los métodos comparados»; allí Vossler desplegó, al igual que hemos visto para los casos de Bally y Saussure, una representación de las ideas lingüísticas: puntualmente, caracterizó el desarrollo de la disciplina durante el siglo XIX. Consideraba que 1816 —año de publicación de *Sistema de conjugación del sánscrito*, de Bopp— era la fecha a partir de la cual existía en la ciencia filológica una historia de formas abstractas. El aporte de este filólogo alemán había constituido, para Vossler, «la base de la lingüística indoeuropea», siendo esta última, a su vez, «el fundamento de la lingüística moderna» (28). Así, el autor señalaba que el método de comparar las formas gramaticales de diversas lenguas y épocas propio del modo de razonar de «Boop, Schleicher y de los restantes fundadores de la lingüística moderna, derivaba de la idea de semejanza a la de afinidad, y de esta a la de origen» (28). La revisión del pasado de la disciplina le permitía a Vossler referir a los méritos de la lingüística del siglo XIX; específicamente, sus palabras, sobrecargadas de metáforas, eran las siguientes: «[...] los primeros pasos de orientación en el bosque virgen de los idiomas históricamente oscuros, difícilmente podrían iniciarse sin el método comparativo, cuyos servicios y utilidades nadie negará» (28).

Luego, Vossler practicaba una serie de objeciones respecto del modo de proceder de quienes no habían trascendido las limitaciones del comparativismo. El autor denunciaba la continuidad en el trabajo bajo esos métodos anticuados, y nuevamente lo hacía por medio de fuertes metáforas, pues refería a sus colegas de filología neolatina como a «viejos que se obstina[ba]n en viajar en diligencia, sin querer hablar de ferrocarriles, de automóviles, de bicicletas ni de aeroplanos; ni siquiera de sus propias piernas» (28). Así, los servicios y utilidades atribuidos inicialmente a la lingüística comparativa de los primeros años del siglo XIX habían sido sometidos a reconsideración por el mismo desarrollo histórico, y la mirada vossleriana nos advertía acerca de los «peligros» y otras inconsistencias de base de los procedimientos comparativos:

Existen posibilidades infinitas de semejanzas y similitudes, clases y grados muy diversos. [...] hay semejanzas que no prueban nada, y las hay que prueban demasiado, pero sin que exista alguna pura y libre de toda sospecha. ¡Qué pena sería la nuestra si, sin más indicio que la semejanza, tuviésemos que descubrir en un concurso de gente desconocida a nuestro padre o a nuestras sobrinas! Tengo miedo de que el método comparativo, tan ensalzado como seguro y científicamente exacto, pueda regalarnos unos padres muy putativos (28-29).

Apelando al recurso de la ironía, Vossler manifestaba su declarado desacuerdo con un método en el que las relaciones establecidas solo en apariencia lucían rigurosamente científicas, pues en realidad podían resultar «ilusorias» y «azarosas». Entendía que el método comparativo era meramente «previo, preliminar, preparatorio, provisional y de ningún modo definitivo ni jamás concluyente» (29).

El recurso historiográfico le permitía a Vossler poner en perspectiva histórica el desarrollo de la lingüística comparativa para mostrarla como perteneciente al pasado de la disciplina: «La comparación es uno de los primeros pasos de nuestra ciencia, sin que sea ni su término ni su ápice» (29). Con el tiempo, mostraba el autor, los estudiosos alcanzaron visiones efectivamente

modernizadoras que intentaron dar cuenta de la verdadera naturaleza del lenguaje. Tal como hemos visto anteriormente cuando Bally y Saussure hacían mención a «errores» o «desaciertos» en el trabajo de diferentes escuelas dentro de sus respectivas representaciones históricas, Vossler encontraba y desenmascaraba los que él visualizaba. Explicaba que en el método comparativo había nacido «la más difundida equivocación de los gramáticos», quienes creían que las transformaciones lingüísticas descritas por ellos eran una «verdadera actividad del habla», cuando en realidad eran obra de quienes la estudiaban (30). Una equivocación tal sería, para el autor, «parecida a la que cometería quien confundiera el tablado erigido para fotografiar una antigua catedral con la arquitectura de la misma» (30). La inadecuación metodológica de la gramática comparativa era, según Vossler, el germen de las fallas de la perspectiva rechazada, dado que el problema referido traía aparejado un conflicto epistemológico más profundo:

Los comparatistas, tan beneméritos cuando van en busca de semejanzas y afinidades, corren el peligro de dar valor de realidad a las ficciones abstraídas tan pronto como se dan a intentar las transformaciones y mudanzas, sea del arte, sea del lenguaje. La razón que convierte sus éxitos en extravíos es muy sencilla: es que las cosas constantes se comparan bien, y las fugaces mal. Para confrontar dos movimientos o actos dinámicos es menester sosegarlos, detenerlos, apagarlos, lo que equivale a una desfiguración, y a veces a una falsación (30-31).

A criterio de Vossler, los filólogos solían caer en la tentación de «vivificar», «animar», «personificar» o «mitologizar» partes de la gramática en el afán de descripción y comparación de las formas, y hasta cierto punto lo consideraba entendible, pues concedía licencia para el empleo de ciertas «metáforas de militarista, vitalista, biólogo y novelador» (32-33). No obstante, Vossler manifestaba su descontento respecto de la labor de «Gillieron y sus secuaces», para quienes «los vocablos combaten los unos con los otros», «se expulsan de ciertos dominios geográficos», «se tragan en las células del cerebro» y «organizan guerras seculares» (32). Esta visión caracterizaba a esos elementos como «astutos, virulentos y sanguinarios conquistadores», cuando en realidad no eran más que, según Vossler, «muñecos de vocablos», simplemente fabricados por los «agitadores historiógrafos» (32-33). Por ende, el autor practicaba su concesión acerca del empleo de metáforas, en la que no vislumbraría inconvenientes solo si las mismas no contaminaran el entramado epistemológico de la perspectiva lingüística. Su propuesta, en clave de modernización científica, desalentaba la formulación de aquellas metáforas que «se pega[ba]n al pensamiento», que devenían «contagiosas contra el concepto de la verdadera vitalidad de los idiomas», que invitaban a «enturbiar la idea de la energía espiritual del lenguaje» (33).

Luego, Vossler insistía una vez más en su deseo de «no negar ni disminuir o empequeñecer la razón de ser de los métodos comparados», pues consideraba que, en el reino del lenguaje, como en el de la naturaleza en general, «no existía cosa suficientemente única, individual y personal que se resistiera a la comparación con otras cosas parecidas o diferentes» (33). No obstante, el autor señalaba que el pensamiento contaba con una «región original, creadora e inventiva» en la que «toda comparación se anula[ba] lógica y naturalmente», y en ella radicaba la esencia del fenómeno lingüístico según la perspectiva idealista en virtud de la cual buscaba argumentar.

El acto creador de nuestro espíritu está necesariamente apartado del acto comparativo, está enajenado y alejado de él, como lo está el poeta del comerciante o el inventor del maestro de escuela y los iniciadores de los calculadores. Por eso son comparables entre sí solo objetos acabados, definitivos o considerados como tales, mientras las fuerzas que crean, generan, crecen, brotan y todas las cosas que andan evolucionando y desarrollándose se sustraen y escapan a los paralelos y continúan sordas a las voces que les da el intelecto matemático con su ¡alto!, ¡teneos! (33).

Vossler, por lo tanto, pretendía efectuar una objeción idealista sobre los planteos positivistas. Así, su representación del pasado buscaba evidenciar la inadecuación de la perspectiva comparativista del siglo XIX, e intentaba mostrar que el mismo decurso histórico invitaba a desestimar una concepción estática del lenguaje en favor de una visión dinámica del mismo,

entendiéndolo como proceso y no como producto. Finalmente, podemos decir que su maniobra argumental consistía en exhibir que la visión del lenguaje de la gramática comparativa pertenecía al pasado y debía entonces ser sustituida por «una verdadera historia del idioma», esto es, por el estudio del «conocimiento de la energía eficaz que crea, forma y transforma los usos lingüísticos» (45).

Leonard Bloomfield, miembro de la escuela de Yale, fue uno de los representantes más sobresalientes del movimiento estructuralista norteamericano. En *El lenguaje* (1933) buscaba ajustar los postulados fundacionales de su perspectiva al conductismo y argumentaba en favor de la necesidad de proceder a través del método distribucionalista al momento de operar el análisis lingüístico. El primer capítulo de la obra —«El estudio del lenguaje»— estaba destinado a la revisión del pasado de la disciplina. Bloomfield partía de la observación de que, a pesar del «papel importante» jugado por la lengua en nuestras vidas, su estudio no había recibido un merecido lugar en el «programa educacional» o en la «especulación de los filósofos» (3). Señalaba que «el hombre medianamente educado» solía discutir sobre asuntos lingüísticos y debatía sobre «corrección», en ocasiones apelando a la autoridad; sin embargo, a su criterio, se trataba de una manera de razonar que poco tenía de «sentido común» y mucho de «intelectualista», pues «se deriva[ba] de las especulaciones de los filósofos antiguos y medievales» (3). Tras la apreciación, iniciaba el despliegue del recurso historiográfico: apelaba a la construcción de una representación de la historia de la lingüística y, sobre la marcha, comenzaba a introducir su argumentación teórica; específicamente, decía: «Es solo desde el siglo pasado [XIX], más o menos, que la lengua ha sido estudiada en una forma científica, por medio de la observación cuidadosa y comprensiva» (3).

Bloomfield señalaba que en la antigüedad Platón había tematizado la controversia entre analogistas —para quienes el lenguaje era natural, regular y lógico— y anomalistas —para quienes el foco estaba puesto sobre las irregularidades—. Indicaba también que los griegos, dedicados al estudio de las etimologías, habían comprendido que «las formas lingüísticas cambian con el transcurso del tiempo», pero nunca se dedicaron específicamente al estudio de dichas transformaciones, tal como sí efectivamente ha resultado clave para los modernos (5).

A continuación, Bloomfield reconocía un momento vinculado al trabajo de los romanos, quienes construyeron sus gramáticas siguiendo el modelo griego. En esta etapa, se veía al latín clásico como «la forma lógica normal del lenguaje humano», una doctrina que, explicaba el autor, en tiempos más modernos llevó a escribir «gramáticas generales», cuyo objetivo era demostrar que «la estructura de ciertas lenguas comprendía cánones de validez universal» (7). Mencionaba la gramática de Port Royal (1660) como el trabajo más famoso en dicha dirección, cuya continuidad en el siglo XVIII había conllevado la «desafortunada consecuencia» de generar un terreno propicio para los «partidarios del principio de autoridad» e inducir así la (falsa) creencia de que «el gramático podía establecer las bases lógicas del lenguaje y determinar cómo deben hablar los hombres» (7).

Más adelante, Bloomfield resumía el estado de la cuestión de la reflexión lingüística durante el siglo XVIII:

[los estudiosos] describían los rasgos del lenguaje en términos filosóficos y no se preocupaban por la diferencia estructural de las lenguas, sino que la oscurecían al forzar sus descripciones para adaptarlas a los moldes de la gramática latina. No habían observado los sonidos del lenguaje, y los confundían con los símbolos escritos del alfabeto. El no distinguir entre el lenguaje vivo y el uso de la escritura alteró también sus conocimientos acerca de la historia de la lengua (9).

En su representación, Bloomfield relevaba los desaciertos en los que incurrieron quienes se dedicaron a reflexionar sobre el lenguaje en este período, y así efectivamente lo subrayaba junto a la enumeración de los posibles *corpora* en virtud de una perspectiva que consideraría más adecuada:

Estos conceptos erróneos impidieron a los estudiosos hacer uso de los datos que tenían a mano: las lenguas modernas y los dialectos, los testimonios de las lenguas antiguas, los

informes acerca de lenguas exóticas y, sobre todo, los documentos que muestran etapas sucesivas de un mismo idioma... (9).

Luego, a fines del siglo XVIII, señalaba, misioneros hicieron que llegara a manos de europeos el conocimiento del sánscrito y de la gramática hindú de Panini (350 a.C.), una obra que, a su criterio, era «uno de los monumentos más grandes de la inteligencia humana»; esta, además, ofrecía «por primera vez» a los estudiosos europeos «una descripción minuciosa y completa de una lengua, basada no en teorías sino en la observación» (12). La valoración bloomfieldtiana de este material resultaba interesante a la luz de su perspectiva teórica, según la cual el estudio científico del lenguaje iba necesariamente asociado a una observación rigurosa y comprensiva de los datos disponibles y no a reflexiones de carácter especulativo. De este modo, el hallazgo del sánscrito habilitaba, para Bloomfield, dos avances en el ámbito de la investigación lingüística: en primer término, «descubría la posibilidad de un estudio comparativo de las lenguas» y, por ende, de un estudio de tipo observacional; en segunda instancia, el método histórico-comparativo afianzaba como «presupuesto general» la idea de que «las lenguas cambian en el transcurso del tiempo» (12-14).

Luego, Bloomfield establecía, al igual que Vossler, 1816 como fecha de inicio de la comparación sistemática de las lenguas indoeuropeas a partir de la publicación de Boop. En la misma línea mencionaba los aportes de Rasmus Rask en 1817, Jacob Grimm en 1819 y August Pott en 1833 (16-17). Entendía que las siguientes décadas estuvieron signadas por un «progreso tan rápido» que esos trabajos devinieron «anticuados» ante las propuestas de Schleicher en 1861 y Karl Brugmann y Bertold Delbrück en 1886 (17).

Llegado a este punto, Bloomfield advertía que la preocupación por la reconstrucción de los antecedentes comunes había ido dejando paso al interés por el estudio de «las transformaciones del habla», de las que se tenía a disposición una «vasta colección de detalles» (18). Para el autor, los «resultados de la inducción científica» sobre cambios lingüísticos fueron reemplazando paulatinamente a la «especulación» sobre etapas anteriores de la lengua (18). El fenómeno, tal como lo historizaba Bloomfield, dejaba entrever mucho acerca de la perspectiva en favor de la que buscaba finalmente argumentar, pues valoraba positivamente la descripción minuciosa de los cambios y el proceso de generalización a partir del análisis de los datos lingüísticos. En esta dirección mencionaba los aportes de William Whitney y de Hermann Paul (18). Los *Principios de la historia del lenguaje* publicados por Paul en 1880, señalaba Bloomfield, se habían convertido en «aplicación modelo de los métodos de lingüística histórica»; sin embargo, agregaba luego, contenían «errores que hoy día parecen ingenuos porque son representativos de las limitaciones de la lingüística del siglo XIX» (18).

Una vez más Bloomfield nos contaba cuáles habían sido los yerros de los trabajos que pertenecían a la historia de la disciplina y a su revisión de la misma. En primer lugar, «haber descuidado el estudio descriptivo del lenguaje», cuya discusión se limitaba a «tópicos de evolución lingüística» (18). En segunda instancia, la «insistencia en la interpretación psicológica» y sus afirmaciones sobre los «procesos mentales» supuestamente atravesados por los hablantes (19). Finalmente, la negación al trabajo con lenguas de historia desconocida, una «limitación» que los privaba del «conocimiento de tipos extranjeros de estructura gramatical»; haber contemplado ese aspecto, a criterio del autor, «les hubiera abierto los ojos» a que los rasgos que describían no eran universales en el lenguaje humano (19).

Por último, Bloomfield señalaba que, de manera paralela a la corriente de investigación histórica, se había desarrollado una «corriente de lingüística general» (20). Según el autor, «el primer gran libro de lingüística general» se debía a una publicación póstuma de Wilhelm von Humboldt en 1836. En la misma dirección refería también a los aportes de Heymann Steinthal en 1850 y Wilhelm Wundt en 1900. Indicaba luego que otros estudiosos vieron más claramente la relación natural entre los estudios históricos y los descriptivos; en la lista incorporaba a Saussure. Estos lingüistas, para Bloomfield, combinaban el estudio descriptivo con la investigación histórica y la especulación filosófica, y ello había constituido una ventaja para el progreso de la ciencia desde el momento en que «ha[bía] aclarado algunos principios que no ha[bían] sido vistos por los grandes indoeuropeístas del siglo XIX» (22). Finalmente, la toma de

posición bloomfieltiana respecto de la producción de los estudiosos de la lingüística precedente buscaba romper con la diacronía:

Todo estudio histórico de la lengua está basado en la comparación de dos o más grupos de datos descriptivos. El estudio será tan exacto y tan completo como estos datos lo permitan. Para describir un idioma no se necesita conocimiento histórico de ningún tipo; en efecto, el observador que permite que ese conocimiento intervenga en su descripción está en peligro de desfigurar sus datos. [...] Cuando tengamos información suficiente acerca de muchas lenguas, tendremos que volver al problema de la gramática general y explicar esas similitudes y diferencias, pero ese estudio, cuando llegue, no será especulativo sino inductivo (22).

Era esta perspectiva característica de su producción teórica la que habilitaba la representación a la que nos sometió el primer capítulo del libro de Bloomfield, pues ella buscaba justificación en clave de modernización científica respecto de enfoques lingüísticos ya superados. El autor revisaba el pasado de la disciplina para establecer las bases de aquello que, según consideraba, era el modo de proceder adecuado de una perspectiva científica, que necesitaba partir del análisis minucioso de los datos, ajustarse a la descripción exhaustiva de los mismos, y solo por medio del método inductivo acceder a la formulación de generalizaciones.

## Conclusión

En función del problema especificado y de la serie de textos analizados, entendemos que los cuatro autores procuraron inscribir su propia perspectiva teórica en una serie que la justificaba históricamente; esta suponía una actualización puntual del debate entre positivismo e idealismo, una oposición que no todos formulaban explícitamente pero que resultaba rastreable en las diferentes intervenciones porque correspondía a la contienda epistemológica de la primera mitad del siglo XX.

A través de la representación del decurso histórico de la lingüística llevada a cabo por cada uno de los autores trabajados y, puntualmente, a través del análisis de los desaciertos que relevaron en diferentes períodos, podemos contribuir a la caracterización de sus perspectivas teórico-epistemológicas. En este sentido, los cuatro autores acordaron en considerar que, en el siglo XIX, constituyó un «avance» el hallazgo de que las lenguas cambian y emergió como una «amenaza» la intervención del naturalismo en la ciencia lingüística. También advertimos que los cuatro coincidieron en interpretar como un nuevo avance de principios del siglo XX la adopción de un enfoque de tipo sincrónico. Sin embargo, mientras Bally y Vossler valoraron positivamente el aporte de la psicología como ciencia que supo nutrir los estudios neogramáticos, Saussure no abrió juicio al respecto y Bloomfield consideró que el aporte de dicha disciplina desde un paradigma no conductista ha resultado una peligrosa intromisión. A su vez, mientras para Saussure el principal problema de la lingüística precedente estaba en la falta de delimitación de un objeto de estudio preciso, para Vossler, los desaciertos no residían tanto en la metodología de análisis sino más bien en la concepción del lenguaje adoptada.

Bally y Vossler ofrecieron miradas idealistas en sus representaciones, pues sus propuestas apuntaron a caracterizar el lenguaje, desde una visión dinámica, como un proceso creativo. Saussure y Bloomfield, por el contrario, ofrecieron miradas de corte positivista, pues plantearon un estudio de tipo descriptivo con el que apuntaron a caracterizar el lenguaje, desde una visión más estática, como un producto o sistema de oposiciones fijas en un estado de lengua.

## Referencias bibliográficas

- Auroux, S. (1980). «L'histoire de la linguistique». *Langue française* 48 (1), 7-15.  
Bally, C. (1947) [1913]. *El lenguaje y la vida*. Buenos Aires: Losada.  
Battista, E. (2013). *El rigor de la pluralidad. El debate entre positivismo e idealismo en la historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1922-1946). Un enfoque historiográfico*. Buenos Aires: UBA.

- Benveniste, E. (1980) [1966]. *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI.
- Bloomfield, L. (1967) [1933]. *El lenguaje*. Lima: Universidad de San Marcos.
- Chomsky, N. (1969) [1966]. *Lingüística Cartesiana. Un capítulo en la historia del pensamiento racionalista*. Madrid: Gredos.
- Delbrück, B. (1882) [1880]. *Introduction to the Study of Language: A critical survey of the history and methods of comparative philology of Indo-European languages*. Leipzig: Breitkopf and Hartel.
- Engler, R. (2004). «The making of the *Cours de Linguistique générale*». En: Sanders, C. (ed.) *The Cambridge Companion to Saussure* (47-58). Cambridge: Cambridge University Press.
- Jespersen, O. (1922). *Language. Its nature, development and origin*. London: Unwin Brothers LTD.
- Koerner, E. F. K. (1989). *Practicing Linguistic Historiography. Selected Essays*. Amsterdam: University of Ottawa.
- \_\_\_\_ (1999). *Linguistic Historiography. Projects & Prospects*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Leroy, M. (1969) [1963]. *Las grandes corrientes de la lingüística*. México: FCE.
- López Sánchez, J. M. (2006). *Heterodoxos españoles*. Madrid: Marcial Pons.
- Meillet, A. (2010) [1903]. *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mounin, G. (1968) [1967]. *Historia de la lingüística desde los orígenes hasta el siglo XX*. Madrid: Gredos.
- Pedersen, H. (1962) [1924]. *The Discovery of Language: Linguistic Science in the 19th Century*. Bloomington: Indiana University Press.
- Portolés, J. (1986). *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*. Madrid: Cátedra.
- Robins, R. H. (1992) [1967]. *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo.
- Saussure, F. de. (1945) [1916]. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Swiggers, P. (1980). «Histoire et historiographie de la linguistique». *Semiotica* 3 (1-2), 107-137.
- Thibault, P. J. (1997). *Re-reading Saussure. The Dynamics of Signs in Social Life*. London: Routledge.
- Thomsen, V. (1945) [1902]. *Historia de la lingüística. Una explicación concisa*. Barcelona: Editorial Labor.
- Voloshinov, V. N. (2009) [1929]. «Dos corrientes del pensamiento filosófico lingüístico». En: *El marxismo y la filosofía del lenguaje. Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje* (75-103). Buenos Aires: Ediciones Godoy.
- Vossler, K. (1929) [1904]. *Positivismo e idealismo en la lingüística*. Madrid/Buenos Aires: Editorial Poblet.
- \_\_\_\_ (1930). «Los métodos comparados». En: *Metodología filológica. Con referencia a los idiomas modernos, especialmente al alemán* (28-36). Madrid: Saez Hermanos.